La sala de psicomotricidad en atención temprana

Rikardo Acebo Urretxu
Filólogo, terapeuta psicomotor, formador de psicomotricistas,
técnico especialista de apoyo educativo.
Centro educativo-terapéutico de Ortuella (Bizkaia).
Anna Luna Muns
Pedagoga, terapeuta psicomotriz, formadora de psicomotricistas.
CDIAP Rella (Barcelona) y Centro de Terapia Psicomotriz Tariqa (Barcelona).

Resumen:
Este artículo trata de exponer la importancia de la sala de terapia psicomotriz en atención temprana, explicando algunos de sus fundamentos. Hacemos hincapié en la relación entre terapeuta y niño como motor de este abordaje, una relación que parte de la expresividad corporal, la más básica en estas edades. Esta relación junto con un dispositivo que permite la actividad espontánea, convierte a la sala en un espacio de observación e intervención con el niño en toda su manifestación global.

Se mencionan diversas modalidades de intervención, según el momento evolutivo del niño: puede estar en la sala acompañado por sus padres, en pequeño grupo con sus iguales, o solo con su terapeuta. Dado que se pretende un abordaje global, también se destaca la importancia de la colaboración con los demás profesionales del equipo.

Palabras clave:
Terapia psicomotriz, atención temprana, expresividad motriz, disponibilidad corporal.

En los últimos años se vienen haciendo esfuerzos por hacer presente la psicomotricidad en Atención Temprana, esfuerzos a los que hay que añadir la dificultad del todavía no logrado reconocimiento oficial de la profesión de psicomotricista. Tenemos algún ejemplo reciente, como fue la organización de la jornada "El cos pren la paraula" (Barcelona, mayo de 2007) por la ACAP, o los cada vez más numerosos profesionales de Atención Temprana que optan por formarse en psicomotricidad.

¿Por qué este esfuerzo de hacer presente la psicomotricidad en este ámbito? ¿Qué hay de específico en ella como para que merezca la pena? Como psicomotricistas, lo primero que se nos ocurre es argumentar que trabajamos por la vía corporal, vía que, en estos primeros momentos de la vida del niño, con un lenguaje y una capacidad simbólica incipientes, constituye su modo privilegiado de expresarse y de relacionarse. El niño pequeño es un ser global que expresa todo su potencial físico, afectivo y cognitivo por la vía corporal. A su vez, el propio psicomotricista, especialista en la comprensión de esta vía, ofrece su propia disponibilidad corporal como medio de relación terapéutica con el niño, que se convierte en protagonista de esta relación privilegiada. Esto es lo específico de la terapia psicomotriz: La expresión por la vía corporal y su compresión y disponibilidad por parte del terapeuta.

Evidentemente, esta relación ha de estar situada en un espacio y un tiempo. Del tiempo, poco podemos añadir: son las sesiones acordadas en el contrato terapéutico. De la sala sí que podemos decir muchas cosas, puesto que ha de ser el lugar que contiene esta relación, donde lo corporal determina una presencia, un uso y una distribución de materiales que no es casual. Es un lugar que debe estar preparado para que en esta relación terapéutica pueda aparecer toda la expresión motriz, desde la más excesiva o activa (como pueden ser las manifestaciones de excitación, de exceso de movimiento, de agresividad, etc.), hasta la más inhibida (inmovilidad, inexpresividad, mutismo, etc.).

La aparición de esta expresividad motriz se favorece porque en la sala de terapia psicomotriz no hay una actividad preestablecida: el espacio y el material no determinan ninguna actuación; es abierto y el niño puede utilizarlo para expresar su mundo interior.

Es el psicomotricista quien, mediante el manejo de la relación con el niño en los espacios y con los materiales, ayudará posteriormente a hacer evolucionar esa expresividad. Y la sala de psicomotricidad es el espacio que ofrecemos al niño para que pueda ser el protagonista de una relación privilegiada con el terapeuta, a partir de su cuerpo en movimiento con el espacio y los objetos que allí están. Gracias a esta relación con un adulto disponible, puede encontrar sentido a lo que

vive, explora y conquista, de lo que muchas veces no es consciente. Se convierte así también en un lugar excepcional de observación para entender el significado de esa expresividad: ¿Qué nos va a decir este niño? Nos va a hablar de sí mismo a partir del cuerpo, lo más básico de su ser, el primer depositario de su identidad, en un espacio donde podrá expresarse, estableciendo, a su vez, relaciones con los que le acompañan en esta experiencia.

¿Qué queremos decir cuando hablamos de disponibilidad por parte del psicomotricista? Fundamentalmente que es un adulto que va a permitir que el niño se exprese según es, no según cómo se espera que sea; un adulto a quien no le asusta lo que está mostrando este niño y que se empeña en contemplarlo como un sujeto con dificultades de relación, alguien que necesita ayuda. El niño puede ser acompañado en su caos y ser aceptado en su malestar.

Teniendo en cuenta que estamos hablando de atención temprana, este acompañamiento, con frecuencia, va a consistir en mantener actitudes *maternantes*[1] y contenedoras, que respondan de una manera simbólica a las dificultades reales del niño. No se trata de ocupar el lugar de la madre o figura materna.

La demanda de la familia no suele ser clara y muchas veces nos piden estructura para el niño; una estructura externa impuesta desde la norma y de forma poco integrada en el mismo niño. También nos piden el dominio de la palabra como única herramienta con la que cuentan para poder comunicarse con su hijo. En cambio, podemos ofrecerles un espacio en el que el niño puede expresarse mediante las acciones que emprenda con el material que encuentra en la sala, material que puede ir invistiendo a partir de su propio cuerpo y de su movimiento, es decir, a partir de su expresividad motriz. Siempre partiendo de su iniciativa, desde la que nos muestra su mundo interior y, por tanto, conociendo lo más específico de él mismo.

Será tarea del psicomotricista ir reconvirtiendo la demanda de los padres ya que, a partir de lo que el niño expresa, irá conociéndole y podrá ayudarles a conocer, a su vez, las dificultades que tiene su hijo, las cuales le impiden un crecimiento armónico. Los padres podrán irse acercando a su hijo desde su intimidad, desde su específica forma de hacer, en la medida en que puedan depositar su confianza en el terapeuta, por el que no se sienten sancionados, sino comprendidos y aceptados.

Vamos a detenernos un poco en este punto para hablar de la presencia de los padres en las sesiones de psicomotricidad en atención temprana. Insistimos en que no se trata de ocupar su lugar ni de enseñarles lo que deben hacer. Frecuentemente, cuando los niños son muy pequeños o cuando se ven dificultades en las primeras relaciones, invitamos a intervenir a los padres en las sesiones de psicomo-

tricidad, sostenidos por el psicomotricista, que hace de puente entre los elementos familiares, pudiendo transformar su visión hacia ese hijo que está creciendo de manera diferente a lo convencional. Se trata de ayudarles a aceptar las dificultades de su hijo, a reconocer lo que expresa, a ampliar su comprensión. El marco de la sala y el terapeuta psicomotricista permiten que puedan aparecer las partes más caóticas del niño y que puedan ser percibidas sin tanta angustia por los padres.

La sala cuenta con un material específico. Por un lado, existe un dispositivo estable, que permite la experimentación sensoriomotriz; es decir, las sensaciones, los movimientos y las acciones del cuerpo en el espacio; son espalderas, rampas, colchonetas, etc. Por otro lado, también hay un material neutro por sí mismo, que posibilita que cada niño le dé su propio significado, creando un espacio y un juego simbólicos: bloques de espuma, telas, cuerdas, pelotas, palos, etc.

El dispositivo y el material pueden romper los esquemas de los padres, sobre todo, de los que funcionan a partir de los aprendizajes más concretos, que suele ser lo que esperan de sus hijos; en este ámbito el niño puede tener más recursos que los propios padres, porque puede funcionar desde la intuición. El material no sugiere ningún objetivo concreto y es constantemente transformable, ampliando los resultados obtenidos. Romper algunos esquemas facilita el reconocimiento global de su hijo. Cuando los padres acompañan al niño en este espacio en el que sale el caos más profundo, necesitan estar al lado del terapeuta, contenidos por éste. El psicomotricista, con su historia y su formación personal, puede situarse ante este niño y su caos. El niño siente un gran placer ante la mirada abierta y tolerante que le convierte en protagonista de su propia acción, mientras los padres son acompañados en estos momentos de angustia que les provocan las producciones y expresiones de su hijo, al que no saben cómo acercarse y al que muchas veces no pueden mostrar en un entorno social, que les censura provocando un gran sentido de culpabilidad.

En resumen, es ayudarles a aceptarle como individuo y como sujeto, a pesar de su especificidad. En un momento de su evolución personal, el niño, sin la compañía de sus padres, entrará solo en la sala de psicomotricidad con el psicomotricista. Tendrá la posibilidad de decirse como sujeto ante otro con quien podrá compartir sus deseos, sus miedos, etc., y a su vez confiar en la ayuda que éste le puede proporcionar en el momento de iniciar sus conquistas que, a medida que vaya practicando, también irá afianzando. Se establecerá a partir de las necesidades y las posibilidades, cómo deberán trabajar los padres, ya aparte, en otro espacio, con este terapeuta.

Volvamos a las actitudes del psicomotricista, del adulto disponible. Hemos hablado de una actitud *maternante* y contenedora con el niño y de puente con los

padres. Pero ¿qué ocurre cuando el niño entra solo en la sala de psicomotricidad? ¿Qué hay en esta relación privilegiada entre el terapeuta y el niño?

Es una relación muy cercana en la que el cuerpo es el protagonista. Es importante que los padres puedan sentirse tranquilos desde la distancia, aceptando que lo que allí ocurre pertenece al niño y al terapeuta.

El psicomotricista puede convertirse en su compañero simbólico de juego, en el que el niño podrá compartir sus fantasías acercándose de esta forma a su mundo interior, que muchas veces le inquieta y con el que no puede conectar de una forma más consciente. El psicomotricista aceptará sus manifestaciones, sus repeticiones, su forma de ver el mundo, permitiéndole de esta forma ser realmente el protagonista de su juego. A pesar de que el niño pueda romper esquemas respecto al juego más convencional, podrá tener la oportunidad de compartirlo con alguien disponible y que se brinda a seguir sus iniciativas. Poco a poco, el psicomotricista, una vez la relación con el niño sea lo suficientemente significativa (por tanto hablaremos de una relación tónico-emocional), podrá proponer rupturas a las iniciativas que el otro pueda hacer sobre las suyas propias y de esta forma ampliar sus propuestas y adaptarse a las nuevas situaciones que no sólo vienen desde él mismo. Éste es un aspecto básico para su maduración.

Para ello el cuerpo sigue siendo el protagonista y el niño puede transformar el material que hay en la sala, según su propia expresividad. Simula de esta forma la historia que está construyendo: así surgen espacios cerrados que quizás puedan inquietarle y en los que quizás no pueda estar más que unos segundos, porque podrían suponer estar solo en un espacio propio. Hay momentos en que puede desear compartir este espacio con otro que le permita investirlo en compañía. También puede experimentar el placer de sentir un espacio propio que le protege del exterior y de sus adversidades.

Posteriormente, después de haber establecido el vínculo, podemos hablar de una actitud estructurante por parte del psicomotricista, que partiendo del reconocimiento de la criatura y de su deseo, posibilite la construcción de los límites necesarios para su crecimiento. Señalamos aquí actitudes que van a favorecer el acceso a la autonomía y que no solamente se refieren a poner ciertos límites al deseo del niño, un deseo muchas veces omnipotente. Se trata también de favorecer los juegos de aparición y desaparición, de persecución; y posteriormente juegos de oposición, es decir, de destrucción simbólica del adulto.

Más tarde llegará un momento en el que el niño tenga el deseo de relación con sus iguales, con los otros niños, pero es un deseo que muchas veces gestiona

con dificultades. Será la ocasión de plantear sesiones en pequeño grupo, donde la relación privilegiada con el terapeuta se desplaza primero a una relación con el adulto compartido y, posteriormente, a compartir sus deseos, sus producciones, etc., con los otros niños del grupo. Aquí el papel del psicomotricista tiene que ver con la mediación en los momentos de dificultad en esas relaciones entre iguales. Podríamos resumir el objetivo del trabajo en pequeño grupo como que el niño consiga descentrarse, aceptar lo que viene del otro.

Os hemos mostrado brevemente un recorrido evolutivo que hacen algunos niños en la sala de psicomotricidad en atención temprana: primero con sus papás, después con el terapeuta psicomotor y, por fin, en pequeño grupo. Pero no en todos los casos es así: depende de cómo nos llegan los casos, valoramos su momento evolutivo y decidimos el abordaje más indicado; hay veces que empiezan en pequeño grupo y después pasan a un trabajo individual; también hay ocasiones en que los niños ya han pasado previamente por otros profesionales del CDIAP, y después se estima conveniente pasar a un abordaje psicomotor. Tampoco todos los niños entran en la sala de psicomotricidad con sus papás. En fin, la casuística es muy variada.

En estas páginas hablamos como psicomotricistas y con la esperanza de aportar un granito de arena a la consideración de la terapia psicomotriz en atención temprana, pero no queremos acabar sin hacer una pequeña referencia a la importancia de la colaboración de y con los otros profesionales de nuestros equipos. Precisamente porque tenemos una concepción global de los niños, tenemos muy presente que un trabajo de equipo da más coherencia a nuestra práctica; no podemos trabajar aislados ni caer en la omnipotencia de pensar que sólo con nuestra intervención es suficiente. Esto sería ir en contra de nuestra coherencia y de nuestra propia ética.

Para concluir, y a modo de resumen, queremos destacar algunas ideas que justifican la importancia de la terapia psicomotriz en atención temprana. La primera, es que nuestra herramienta es la relación mediante la expresión motriz, corporal, es decir, el medio privilegiado de expresión de los niños en estas edades tan tempranas. En segundo lugar, y derivada de esta primera, es que la sala de psicomotricidad es un espacio idóneo de observación e intervención, puesto que trabajamos con la actividad global espontánea. En tercer y último lugar, queremos señalar la importancia de la colaboración entre todos los profesionales del equipo, como acabamos de decir, y más cuando partimos, como psicomotricistas, de una concepción global de los niños, concepción que tiene en cuenta lo físico, lo afectivo y lo cognitivo como un todo indisoluble.

NOTAS

1. El término maternante, que no aparece en el diccionario de la RAE, es ampliamente usado en los campos de la educación, la psicología y la terapia con niños en las primeras edades; en particular, en los ámbitos de psicomotricidad y atención temprana está muy extendido. Winnicott ya utilizaba la expresión 'función maternante': "La diferencia entre función materna y maternante, de la madre y la maestra respectivamente, reside en que la maestra tiene un saber teórico-técnico para maternar".

Acebo, R.:
'La sala de psicomotricidad en terapia':
Entre líneas, 2006, nº 19, págs. 5-8.

AUCOUTURIER, B., DARRAULT, I., EMPINET, J. L.:
La práctica psicomotriz. Reeducación y terapia:
Editorial Científico-Médica, Madrid, 1985.

Boscaini, F.:
'Hacia una especificidad de la psicomotricidad, Psicomotricidad': *Revista de Estudios y Experiencias*, 1992, nº 40, vol. 1.

Farrus, R.:
'Pasado, presente y perspectivas de futuro de la psicomotricidad en atención temprana':
Entre líneas, 2006, nº 19, págs. 9-15.

Farrus, R., Izquierdo A., Luna A., Saís, M. J.:
'El paper de la psicomotricitat en l'atenció precoç':
La revista de l'ACAP, 2000, nº 15-16, págs. 71-75.

Luna, A., Saís, M. J.: *El proceso de la demanda en terapia psicomotriz, Indivisa. Boletín de Estudios e Investigación:*
Monografía II. II Congreso Estatal de Psicomotricidad: 'Movimiento, Emoción y Pensamiento', 2003, págs. 309-317.

Llorca, M., Sánchez, J.:
La atención Psicomotriz en los primeros años, Indivisa. Boletín de Estudios e Investigación:
Monografía II. II Congreso Estatal de Psicomotricidad: "Movimiento, Emoción y Pensamiento", 2003, págs. 195-204.